

Balmori (Llanes), Melchor FERNANDEZ DIAZ

A las nueve menos cinco de la tarde del domingo las campanas de la pequeña iglesia de Balmori fueron echa-

das a voltear. Se anunciaba así el cumplimiento de una tradición centenaria: la juguera acaba de ser plantada. Un improbable trabajo colectivo, en el que todos los hombres del pueblo habían desplegado energía, ilusión y

estrategia, había culminado con éxito y un enorme tronco de árbol se alzaba, vertical, al cielo claro de la tarde, haciendo ondear suavemente en su extremo una flamante bandera española.

Todos los hombres participaron en la tarea colectiva de elevar un gran eucalipto de 37 metros de altura

## Balmori plantó un año más su gran «joguera»

Todos los años, el domingo anterior a la festividad de San Juan, Balmori planta la juguera. En el bable oriental la h inicial de las palabras no se convierte en «b», como en el central, sino que se aspira hasta hacerse «j». Joguera es, por tanto, hoguera. Pero no hay fuego. Lo hubo, sin duda, en la antigüedad, cuando se encendía una hoguera en torno al gran tronco de árbol. Pero hace mucho —porque nadie lo recuerda, ni siquiera a través de los relatos llegados de generación en generación— que las llamas se apagaron y la hoguera es precisamente un tronco que está destinado a no ser quemado, sino, por el contrario, a permanecer en pie durante todo el año, orgulloso y retador.

En el caso de Balmori, sin duda hay no poco de orgullo incorporado a ese pelado tronco de árbol. Hay todavía muchos pueblos de Llanes —Naves, Quintana, Nueva...— que plantan la juguera, aunque no todos en la misma fecha. Pero la de Balmori es siempre la más grande. «En Celorio y en Purón las ponen también altas», comentan en el pueblo, «pero nunca como la nuestra». Y, en todo caso, precisan, Celorio, el gran rival, que planta el árbol por la Virgen del Carmen, tiene la ayuda del campanario de la iglesia para hacer la maniobra de alzar el tronco.

### De Santa Oladía

Balmori es pueblo de menos de doscientos habitantes, situado a un kilómetro de la costa y a otro tanto del gran murallón rocoso del Cuera. Posada, Quintana, Barro, Niembro y Celorio son las referencias urbanas más próximas. Es un pueblo de campesinos, aunque algunos de sus habitantes practican una economía mixta y acuden a Llanes (6 kilómetros), o a Posada a trabajar en la construcción o en servicios.

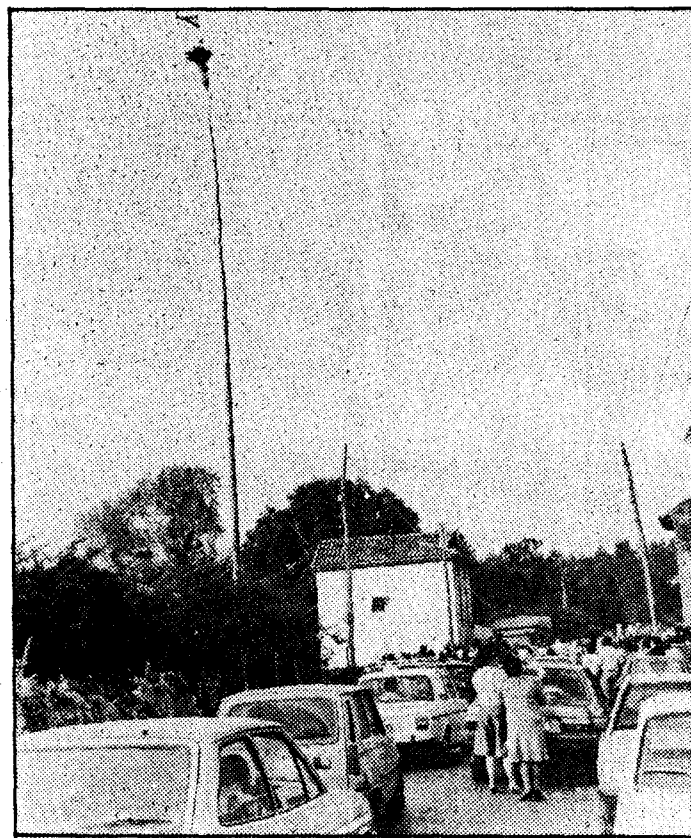
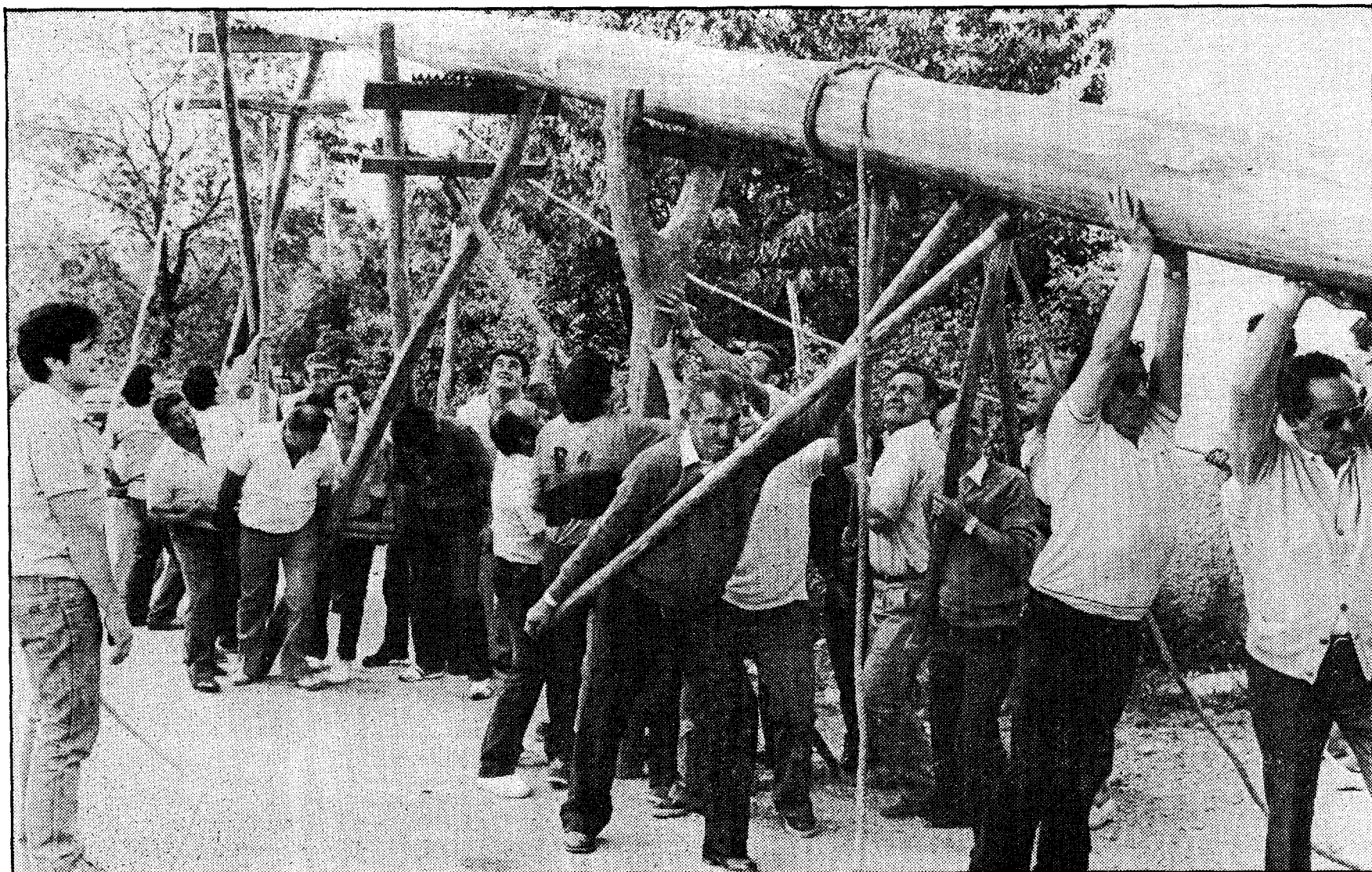
El domingo anterior a San Juan la actividad comienza muy temprano. Días antes los hombres han recorrido los montes de los alrededores para seleccionar el eucalipto más alto. El eucalipto se utiliza solo desde los años 30. Antes se plantaba un roble o un chopo. Pero el árbol de origen australiano los ha desplazado en gracia de su única superioridad: crece más alto.

Este año el árbol fue cortado en Santa Oladía, en la base del Cuera. Santa Oladía es, seguramente, una corrupción de Santa Dorothea, la patrona del pueblo. Allí hay una cueva, donde una leyenda dice que se apareció la santa.

La corta se hizo a las siete de la mañana. Seis horas después el enorme tronco de árbol llegaba a Balmori, arrastrado por una carroreta y conducido por una treintena de hombres, que habían ayudado a sortear los obstáculos que presentan a un tronco tan desconocido los sinuosos trazados de las caleyas.

### 37 metros

«Tiene 37 metros y pesará unos dos mil quinientos kilos», dice Fernando García Sánchez, uno de los veteranos más activos y entusiasta. El año pasado la juguera midió 36. Hay quien asegura que el tronco más largo del que hay memoria llegó a alcanzar los 47



Plantar la «joguera» es una tarea colectiva en la que participa todo Balmori



metros, pero Fernando no recuerda otro más largo de los 39, que fue la juguera de 1955.

Un gaitero y un tamborilero animan ahora la tarea de colocar el gran tronco de árbol sobre un carro. Se trata de **premediarlo**, es decir, de situarlo sobre la plataforma de tal manera que el peso del tronco que sale por delante sea igual que el que queda por detrás. La base del eucalipto impresiona, porque tiene un diámetro no inferior a los cuarenta centímetros. La fuerza, la habilidad y la coordinación se imponen una vez más y, al cabo, el gran tronco queda aparcado sobre el carro a un lado de la carretera.

Es el momento de acicalarlo: Quitarle la corteza y, bacha en mano, cortarle todos los salientes, rebajando los pequeños muñones que quedaban de las ramas que ya fueron cortadas en el monte. De todo el ramaje sólo se le dejará un penacho en el picalín.

La tarea matinal acaba y

es un buen momento para recordar otras historias. La carroreta para el arrastre es la única innovación significativa que ha aportado la modernidad. Antes el tronco era arrastrado por un carro del país. Durante años Juan Pedrón, de Celorio, se encargó de la faena. Pero una vez tenía una vaca recién parida y la juguera no se pudo traer el domingo. Tres días más tarde, sin embargo, Juan dijo que Balmori no se podía quedar ese año sin hoguera y unció la pareja y el árbol se plantó la víspera de San Juan.

Pero la anécdota más polémica —y, por tanto, la que todo el mundo cuenta— es la del año en que los hombres no pudieron plantar la juguera y las mujeres la hicieron al día siguiente.

«Eso no fue así», asegura Fernando García Sánchez con su solvencia de veterano. «Fue un día que llovió muchísimo y costó mucho trabajo traer el árbol hasta el pueblo. Y como a las siete

de la tarde no se había empezado casi, la Guardia Civil prohibió plantarlo por sí había una desgracia. Luego, la víspera de San Juan todo el pueblo, y no sólo las mujeres, plantó el árbol».

### En la bolera

Hacia las seis de la tarde renace la actividad. Una pareja de vacas, con la testuz engalanada de rosas, es enganchada al gran tronco y tira de él a lo largo de la carretera general. Perfectamente premediado sobre el carro, las ruedas de éste se deslizan suavemente. Encima del tronco, sentados a horcajadas, hombres y niños hacen de contrapeso. La pareja de música del país abre la comitiva y un grupo de mozas vestidas de llaniscas la cierra, entonando la canción ritual del día.

El tronco es conducido a La Bolera, en la confluencia de dos carreteras: la antigua general y la que conduce a Balmori. Ya no hay

bolera allí, aunque subsiste el nombre.

En la bolera estuvo plantada hasta el viernes pasado la juguera de 1983. Un hoyo, de unos dos metros y medio de profundidad, espera al nuevo arbolón. El pozo es vertical por las tres cuartas partes de su perímetro y por la que resta se abre en forma de rampa.

La primera tarea que hay que hacer ahora es embocar la base del enorme tronco hacia el agujero. Es una labor que requiere habilidad y experiencia, porque hay que sortear los obstáculos que ofrecen las edificaciones. Tras varias maniobras se consigue el objetivo y así se entra en la fase final, la más ardua de todas. Con una barrena se hacen dos pares de agujeros en el tronco, a unos 15 y 20 metros de la base, en los que se encajan unos tacos de madera que servirán para sujetar las gruesas sogas que izarán la juguera.

Ha llegado ya mucha gente dispuesta a presenciar

esta simbiosis de trabajo en común y ritual folklórico. Las mozas vestidas de llaniscas se han situado junto a una casa y comienzan a cantar una canción de música arcaica —una danza monótona y rítmica— y letra sin duda más moderna. José Antonio García, un joven estudiante de filología inglesa, que guarda como un tesoro familiar los recuerdos de su abuelo, José Plata Sordo, me dicta algunas estrofas:

«Se enorgullece Balmori / de plantar buena juguera / la mayor y más lozana / de toda Asturias entera». «Arriba, arriba la hoguera / arriba el verde madero / que lo vamos a plantar en este lucido pueblo».

### Arriba la hoguera

Ya está todo dispuesto para comenzar a alzar el árbol. En la parte superior ya ha sido atada la bandera española, que ondeará durante todo el año. Lo de la

bandera es una tradición reciente: no excede de los veinte años.

Plantar la juguera es una tarea colectiva que exige dividir el trabajo en tres grupos de hombres: Uno, situado bajo el árbol, lo empujarán hacia arriba; otro, colocado al lado opuesto, tirará de él hacia adelante, con las fuertes y largas maromas. Y un tercero procurará que vaya encajando adecuadamente en el hoyo. A medida que el árbol se va elevando este tercer grupo —que al principio se limita a una persona, que acciona una palanca— cobra mayor importancia, porque hay que ir retacando el agujero con grandes piedras y tierra, para ir consolidando el avance del tronco hacia la vertical.

El grupo que está bajo el árbol utiliza para empujarlo hacia arriba unas grandes horquillas de madera, contruidas ex profeso para esta labor. Antes se usaban escaleras, que se rompían a veces. A estos grandes forquetos, cerrados en su parte superior por una plancha de hierro, dentada, para que no resbale el tronco, los llaman en Balmori «las armas secretas», no sin orgullo. También se empuja el tronco hacia arriba con las traspicas, unas cortas y gruesas pértigas rematadas en un pincho de hierro.

### «¡Aaaaa... ahora!»

Al principio este grupo que empuja el árbol lleva el principal peso de la labor. Pero cuando la juguera alcanza una cierta inclinación gana importancia la labor de los que, desde enfrente, tiran de las cuerdas. Allí están no sólo los que aportan la fuerza de sus brazos, sino también los que se suman simbólicamente al esfuerzo, como los niños y los viejos. Pepe Cué, a sus setenta y cinco años, empuja el cabo de la cuerda, recordando las muchas veces que aportó las energías de su corpachón todavía erguido. Pepe, que es de Celorio, pero que se hizo de Balmori al casarse, recita una hermosa poesía de Celso Amieva sobre la juguera de Balmori, cargada de añoranza, como todas las del gran poeta llanisco, que aguarda en la Unión Soviética un regreso cada vez más deseado.

Hace falta coordinar los esfuerzos entre los que empujan con las armas secretas y los que tiran de cuatro sogas. La voz la pone Amador, que abre los brazos llamando la atención y luego los junta, agachándose, mientras grita: «¡Aaaaaaa... hora!».

La hoguera sube poco a poco. A veces parece que nada. Pero grado a grado, minuto a minuto, va recorriendo el camino hacia la vertical. Cuando el tronco está más alto los avances son más visibles.

Y así, después de más de dos horas y media de esfuerzo denodado, por último, también de cálculo, se llega al final. El tronco está derecho y la campana se echó a voltear con alegría.

No faltará entonces que comente que es un esfuerzo estéril, ahora que se puede utilizar una grúa. O que diga, no tanto despectivamente, que los de Balmori son así de brutos. Pero si pre habrá quien piense, y estoy con ellos, que hay un pueblo que conserva una memoria de sus glorias.